

Lola Salmerón

# La esperanza tiene un nombre, Ismail

*Los libros de Lola*

© Lola Salmerón Galí

© Petit Camagroc, S. L. U.  
Calle Doctor Trueta, 19, entresuelo 2ª  
08860 Castelldefels (Barcelona)

© Diseño gráfico: underthecoconut  
(info@underthecoconut.com)

—

Primera edición: febrero de 2017

Depósito legal: B-5204-2017

ISBN: 978-84-946785-6-1

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase al editor si necesita fotocopiar o digitalizar algún fragmento de esta obra.

***[www.loslibrosdelola.es](http://www.loslibrosdelola.es)***

Impreso en Ulzama Digital, S.L.

*A todas aquellas almas que las aguas del estrecho acuna,  
ajenas a este sin sentido que la clase política  
se ha empeñado en implantar con sus leyes absurdas.*



## Índice

Prólogo . . . . .	9
Agradecimientos . . . . .	11
1. Migrante clandestino . . . . .	13
2. La mentira de un sueño . . . . .	19
3. Largas horas en los bajos de un autocar . . . . .	27
4. Amarga realidad . . . . .	31
5. Muerte en el Estrecho . . . . .	43
6. En los centros de menores . . . . .	51
7. Marionetas de la sociedad . . . . .	59
8. Nuestro encuentro . . . . .	61
9. Un destino inclemente . . . . .	73
10. Ingreso en el centro penitenciario . . . . .	81
11. En los sótanos del juzgado . . . . .	89
12. Libertad provisional . . . . .	105
13. La sentencia . . . . .	115
14. Esperanza y dignidad . . . . .	119



## Prólogo

**H**aber dedicado una pequeña parte de mi vida a Aldeas Infantiles SOS supuso para mí mucho más que una experiencia laboral. Aprendí mucho, de la institución, de las vivencias, de los profesionales que el camino me fue mostrando para que yo fuera creciendo. Sobre todo aprendí vida, mucha vida, aquella que llora a través de los jóvenes con los que trabajé, aquella que me mostraban en sus sonrisas, la misma que se les escapaba por culpa de la intolerancia, por culpa de los fracasos. Mientras trabajaba me encontraba con lo justo y lo injusto y tuve la certeza de que yo no era de las personas que ven, callan y continúan. ¡No! Yo luché contra lo injusto, siempre quise cambiar el mundo, pero supe que si no comienzas por cambiar aquellas cosas feas que suceden a tu alrededor, difícilmente podrás posar tan siquiera tu mirada unos pasos por delante de ti.







## Agradecimientos

**V**ivía un lindo agosto mientras terminaba de modelar esta historia, tuve oportunidad de pasar unos días con mi hermano Pascual, el que me hizo tomar consciencia de algo importante, la necesidad de apartar de mi vida esos disimulados «peros» que aún llevo conmigo; supo transmitírmelo sabiamente, lo cual le agradezco profundamente.

Tengo tantas cosas que decir y, tantas por agradecer.... que ahora me dirigiré hacia una sola persona. Gracias Ismail por confiarme parte de tu historia, gracias por darme permiso para escribirla y mostrársela al mundo, yo lo he hecho con todo el respeto que tú mereces. Espero que esto sirva para cambiar consciencias y crear esperanzas.





## Capítulo 1

### Migrante clandestino

Pasea por la popa del barco, atento al sonido que provoca cada uno de sus pasos sobre la cubierta. Tantas veces ha visto ante sí el puerto de la bahía de Tánger, alejándose antes de despertar. Ahora sabe que no lo va a hacer, sabe que el sueño esta vez no le va a traicionar, trayéndolo con braveza al mundo de los vivos. Una tenue oscuridad brinda los honores a un sol esperanzador que se alza con lentitud. En su ascensión derrama aliento a todo aquel que le observa. Se agarra fuertemente a la baranda de la nave, que se opone ante él y las costas marroquíes y deja que un aire fresco, un tanto salobre, le golpee la cara suavemente. Sus ojos reflejan aquello que el agua del mar descubre, una intensa luz que irradia desde el cielo para terminar salpicando sus preciosos ojos, abundándolos de luminosidad, entremezclada con el brillo que desprenden sus propias lágrimas.

Se recuerda a sí mismo que a sus dieciséis años apenas ha llorado por algo, pero ahora es diferente, llora de pura emoción porque lo ha logrado. Ni tan siquiera lloró de dolor aquella vez que aquel horrible animal—en uno de sus intentos fallidos, tratando de acceder a los bajos de un camión— le hundió sus afilados colmillos en los tobillos hasta hacerlos ensangrentar, tiñendo de un rojo carmesí el algodón de sus calcetines.

Ahora piensa en esas figuras humanas uniformadas, alentando a esos canes para atrapar a su objetivo sin

compasión, sin importarles que la posible caza tome a presas tan precoces. Él mismo ha presenciado a jóvenes que apenas llegaban a los doce años de edad, atacados por esos mismos coléricos perros, protagonistas de sus interminables pesadillas.

Pero ahora parte de su mal sueño ha terminado, ya siente que está en el otro lado, el lado que tantos otros anhelan.

Observa cómo se aleja su hogar y con él esos años de propósitos fracasados. Porque no olvida que tres largos años de su adolescencia han transcurrido en ese puerto. No olvida que ahí, en ese cuadro de agria esperanza, con sonidos de sirenas de barco y pinceladas de horror, ha dejado de ser joven para hacerse mayor.

Ante él se despliegan amargas imágenes que le abruma el alma y casi siente el miedo que se apoderó de todos sus sentidos semanas atrás, cuando el autocar se ponía en movimiento, mientras la mitad de su cuerpo todavía no había conseguido ocultarse en un pequeño compartimento, cerca de las ruedas traseras del vehículo. Mientras intentaba ajustarse en aquel reducido cajón, oyó el rugido amenazador del motor, alertándolo del inminente peligro. No conseguía salir de allí, estaba atrapado completamente y paralizado por el pánico. El autocar emprendía su viaje hacia la desgracia, entonces recordó las veces que había sido testigo de atropellos a *jarragas*.\* Esos accidentes retrasaban unas horas el siguiente intento, hasta que las autoridades marroquíes se ocupaban del cuerpo sin vida y abandonaban el lugar dejándolo con una menor vigilancia.

\*Migrante clandestino

Incluso conseguían apartarlo del muelle unos días por temor a correr el mismo destino.

En aquel momento se sentía inundado de irrevocables pensamientos que le oprimían el pecho.

Recordó a aquellos jóvenes que volvían sin vida a sus casas, después de varias horas de viaje, escondidos en zonas impensables de enormes camiones, entrando en un profundo y dulce sueño, entregándose a la muerte causada por los gases tóxicos desprendidos por el tubo de escape, o a niños fallecidos al recibir golpes mortales en sus frágiles cuerpos, provocados por el incesante traqueteo del vehículo.

Inclinó su cabeza hacia el cielo y notó la opresión que había en sus labios, los fue relajando suavemente, para comenzar a entonar una oración que tantas veces había oído a su amado padre recitando el Corán.

El rezo ascendió ligeramente hacia las nubes, para tomar después un vertiginoso descenso hacia las arremolinadas aguas, yendo al encuentro de inocentes ánimas, para permanecer eternamente abrazado junto a aquellos que habían perecido en el estrecho de Gibraltar.

El chico dejó aquel estado de trance y percibió que sus manos seguían cogidas con fuerza a aquella barandilla, advirtió el agarrotamiento en sus dedos, lo que le hizo tomar conciencia del largo tiempo que llevaba allí divagando. Giró totalmente el cuerpo con un cambio brusco, y se dirigió lentamente a la proa del barco. Sentía que dejaba atrás su hogar, su país, aquel puerto que había sido testigo tantas veces de su ansiada escapada. Quería evitarlo pero, mientras se iba alejando más y más de todo aquello, recordó el cansado rostro de su madre hablando con baba:

—Si nuestro hijo Ismail alguna vez lograrse cruzar el mar, yo moriría. Mi alma dejaría de acompañaros, al igual que su presencia.

No podía imaginar entonces, que meses más tarde, una de sus hermanas le explicaría que su querida madre, Iwalida, como él le llamaba en su lengua marroquí, al enterarse de que finalmente consiguió atravesar aquel Estrecho que por tanto tiempo lograría separarlos, cayó sin sentido al suelo del piso, ante la mirada afligida del resto de sus hijos. Intuía lo que aquella mujer lloraría en silencio, por la ausencia en el hogar del pequeño de sus hijos varones.

Dando la espalda al sur y sintiendo tras de sí tierras marroquíes, decidió abandonar aquella sensación de pérdida. Posó su mirada al frente, hacia aquel desconocido país, y mientras comenzaba a visualizar aquella costa tan deseada, se prometió a sí mismo que no volvería hasta que se hubiera convertido en un hombre de bien, con un puesto de trabajo a sus espaldas que le permitiese llevar una vida digna y poder así demostrarle a sus padres que había sido capaz, que todo su esfuerzo había servido para algo. Su familia se tenía que sentir orgullosa de él, él se lo debía a todos ellos, sobre todo a su madre que tanto había sufrido sus escapadas al atardecer, para no verlo volver hasta que comenzaba a despuntar el sol. Siempre salía a escondidas o esperaba a que todos estuvieran durmiendo para salir de casa. El camino lo emprendía a pie desde su barrio hasta el puerto, más de una hora de esperanzador camino, que se convertía en angustioso cuando lo realizaba de vuelta, después de haberse frustrado el intento.

### **Nota de la autora**

Jamás olvidaré el momento en el que me relató lo que a continuación voy a redactar. Fueron muchas las veces en que mi alma se llenó de emoción mientras escuchaba sus memorias, en diversas ocasiones no pude contener el llanto mientras le prestaba toda mi atención. Realmente le entregaba todos mis sentidos cada vez que me regalaba parte de su historia. Me sorprendía su pasividad al describirme los momentos vividos intentando acceder a los bajos de algún camión o de algún autocar. Yo me estremecía escuchando mientras él hablaba con serenidad sobre tanta fatalidad. Pero aquí detecté el sufrimiento en sus ojos mientras me explicaba, aquí vibró su voz afligida mientras me describía tan mala experiencia.

—Recuerdo un día —me decía— en el que intenté acceder al puerto sin conseguirlo, no lo logré porque había mucha vigilancia; después de horas de eterna y fracasada espera me volví para el barrio. Hacía mucho frío y llovía con fuerza, estuve andando algo más de una hora hasta llegar a casa. El agua me calaba la ropa, mi cuerpo estaba completamente empapado, durante todo el trayecto no pude dejar de temblar, en mi vida había sentido tanto frío. Andaba y andaba soportando aquel chaparrón encima de mí. Se me hizo interminable el camino de vuelta. Cuando llegué a casa, tenía las manos completamente heladas, no las sentía. Intentaba meter los dedos en el bolsillo para sacar las llaves y me resultaba imposible. Con mucho dolor, al cabo de un rato, conseguí sacar el juego de llaves, solo deseaba entrar en casa, darme una ducha de agua caliente que me hiciese entrar en calor y meterme en la cama bajo las mantas. Cogí la llave que abriría la puerta, la metí en la cerradura e intenté girarla,

Lola —me dijo con voz ahogada—, no pude, no podía girar la llave, tenía los huesos entumecidos, se me caían las lágrimas del dolor, de la impotencia, de la rabia por tener que vivir todo aquello. —Se detuvo unos segundos como queriendo llenarse de aliento para poder continuar—. No sé cuántas cosas probé para conseguir mover mis manos. No quería tocar al timbre para que no me vieran en aquel estado. No era justo hacer sufrir más a mi madre, ella no lo merecía, se apenaba cada vez que se encontraba la ropa ennegrecida por las mañanas, yo la dejaba en el cubo de la ropa sucia y aquello me delataba. Mi pobre madre sabía que yo no dejaría de intentarlo hasta que lo consiguiese. Ella solía reprenderme por eso, otras veces me suplicaba que desistiese, lloraba mucho por mí. Era consciente de que yo no me rendiría hasta que lo lograra. Yo no soportaba verla llorar, por eso no llamé a la puerta y volví a la calle abatido. Me encontré con un señor mayor al que le pedí por favor que me ayudase. No solo mi cuerpo temblaba, mis palabras eran pronunciadas entre balbuceos, no sé qué pensaría de mí aquel hombre en ese momento y del estado tan lamentable en el que me encontraba, pero sin objeción alguna me acompañó hasta la puerta y giró aquella maldita llave.

Cómo sollocé delicadamente mientras le escuchaba; no podía permitirme llorar impulsivamente, como seguramente habría hecho de no ser porque, quizá, aquel llanto hubiera irrumpido su confesión.





## Capítulo 2

### La mentira de un sueño

Ismail era consciente de que aquel viaje no se encontraba más que en el principio, sabía que sería duro, pero nunca se hubiera imaginado cuán crudo llegaría a ser. El destino parecía estar planeando ya su encrucijada, elaborándola sin el más mínimo reparo.

Miró a su alrededor y observó a gente sonriente paseando de aquí para allá. Niños correteando con gran alboroto entre sus progenitores, jóvenes parejas fotografiándose para conmemorar aquel feliz momento.

Podría haber sido cualquiera de aquellos viajantes que estaban disfrutando de unas inolvidables vacaciones, o alguno de esos ejecutivos adinerados con maletín en mano realizando un viaje de negocios. Pero no era así. Desde ese momento comenzaba a ser un ilegal, un sin papeles, ni tan siquiera sabía lo que eso significaba. Pero la propia vida pronto se lo iba a transmitir, es más, la actitud de muchas de las personas con las que tenía que encontrarse en su complicado camino se lo demostraría día tras día, a él y a tantas otras personas migrantes desplazadas a diferentes puntos de éste nuestro planeta.

Se atrevió a entremezclarse con aquellas gentes, se dejó llevar por aquel engaño que lo embaucó por un corto espacio de tiempo. El sol se encontraba un tanto alejado ya del horizonte cuando apreció cierto revuelo, sospechó que se estaban acercando a lo que sus ante-

pasados más lejanos hubieran llamado al-Ándalus. Se escabulló de allí en un par de minutos, desapareció sin dejar huella como había aprendido a hacer en los últimos años. Accedió a las bodegas del barco, donde se encontraban infinidad de coches aparcados. Vio a lo lejos el camión que le había permitido lograr su sueño, lo miró con orgullo como el que mira un objeto preciado. Se acercó hasta él y se inclinó para ver detenidamente el compartimento en el que había permanecido lo que le pareció un tiempo interminable.

Ahora no había nada que le obligase a actuar con nerviosismo, con rapidez. Pudo tomarse unos minutos para inspeccionar un par de autocares que se encontraban aparcados muy cerca de allí, revisó también los bajos de otro camión. Decidió cambiar de vehículo, ya que había encontrado donde esconderse sin tener que sufrir tanto la reducción de espacio. Acababa de colocarse en un hueco e intentaba encogerse para que su cuerpo quedase totalmente oculto cuando oyó una voz. Alguien había entrado, le extrañó, ya que no era una zona de acceso a los pasajeros. Sabía que podía encontrarse con vigilancia en esa parte del barco. Por eso se había introducido en el parking con la máxima cautela y se había asegurado de que en ese momento no se encontrara nadie. Si no hubiese sido así, habría utilizado su habilidad aprendida forzosamente para esconderse en cualquiera de los camiones sin ser visto.

La voz le llegaba ahora con más claridad, más cercana. Oyó la voz de una persona y supo que no iba sola.

No le pasó inadvertido aquel jadeo que tanto temía, casi le pareció ver al perro rastreando la zona y al vigilante alentándolo para que continuase con su come-

tido. Sabía que la bestia había detectado su olor y no podía hacer nada por evitar que lo descubrieran. Se acercaron más y más hasta que los sintió a menos de diez metros aproximadamente. El chico comenzó a producir una plegaria apresurada, en un intento de ser escuchado y esperando un milagro. Habiendo llegado hasta ahí no podía permitir que lo descubrieran.

—Tengo que conseguirlo, por favor, Dios mío —se dijo—, tengo que lograrlo.

Su petición pareció ser escuchada, y como por obra divina se oyó a lo lejos la alarma de una sirena. El perro empezó a ladrar enloquecido, avanzaba y retrocedía a un ritmo frenético. El vigilante le gritó y se lo llevó de allí precipitadamente.

El chico atento a lo que estaba sucediendo decidió no moverse del lugar en el que se encontraba. Suponía que ya habrían atracado en el puerto, en breve los vehículos abandonarían el barco y emprenderían su camino por tierra firme. Ahora sería peligroso moverse de allí, podía ser descubierto. Sabía que los conductores estarían por llegar para tomar sus máquinas y ponerlas en marcha. Todos sus sentidos se encontraban pidiendo que no volviera el vigilante. Su cuerpo seguía temblando, no había dejado de hacerlo desde el momento en que había escuchado el olfateo del animal, temiendo ser atacado por sus fauces.

En aquel momento se arrepintió de no haber atendido a sus amigos. Tantas veces los había escuchado aconsejarle:

—Tienes que hacerlo, es de la única forma que no vas a sentir el miedo ni el dolor. Si lo logras, habrás pasado muchas horas sin comer y te aseguro que sentirás un horrible dolor en tu estómago. Toma, solo prué-

balo, verás cómo se apoderará de ti una sensación de seguridad, nada temerás con esto.

Se había sentido tentado muchas veces. Con trece años ya trabajaba rodeado de maderas y serruchos en una carpintería. Cumplía con una jornada laboral de once horas diarias por 400 dírham al mes (unos 40 euros mensuales). Sufría los abusos laborales habituales en su país. Gritos acompañados de golpes habían formado parte de su aprendizaje. Cada uno de los días que se había pasado trabajando, no había dejado de repetirse que terminaría marchándose de allí. No iba a permitir que le siguiesen maltratando.

Nunca se lo explicó a sus padres, para qué angustiarnos. Si no trabajaba, era un mal hijo y una mala persona para los vecinos del barrio. Si no invertía su tiempo en el mundo laboral, se dedicaría a pasar las horas en la calle, y muy fácilmente entraría en dinámicas totalmente perjudiciales para su vida.

Ahora sus sentidos parecían percibir aquel olor a cola que tanto tiempo le acompañó en su lugar de trabajo. Se le aparecía un tanto borrosa la cara de sus colegas ofreciéndole una pequeña bolsa de plástico, que contenía en su interior cola industrial para ser esnifada.

Hablaban de sensaciones de bienestar, de euforia, de valentía. Justo lo que necesitaban para aquel dificultoso viaje. Muchos habían sido los que habían probado aquella tentadora droga. Tan económica como eficaz para sus propósitos. Ya en un estado de éxtasis hablaban de esperanza, de las veces que lo habían intentado. Del tiempo que les faltaría a sus vidas para dejar de vivir aquel horror que llevaba años acompañándoles. Hablaban de aquella tierra no muy lejana. La soñaban, la adoraban.

Los que la conocían y habían vuelto de ella, no hablaban de racismo, no hablaban de martirios por sobrevivir. No transmitían sus pesares vividos en tierras europeas. Toda esa realidad la cambiaban por falsas historias de triunfo. Hablaban de éxito, de atractivos trabajos bien remunerados. Era importante ganarse cierta reputación.

Este ambiente de gloria era transmitido de calle en calle, de barrio en barrio. Esas voces llegaban a los más jóvenes, muchachos intrépidos con ansias de superación. Esos adolescentes no hablaban de robos ni de tráfico de drogas. Sus conversaciones se llenaban de sueños, hablaban de buenos trabajos que los convertirían en hombres de provecho. Muchos de ellos no llegaban ni siquiera a la edad legal para trabajar en esos países del norte. No sabían de permisos. No entendían por qué la falta de unos papeles les prohibía ir en busca de aquello que tanto deseaban y los obligaba a actuar como proscritos. ¿Por qué no podían cruzar la frontera con dignidad? Solo querían un trabajo. ¿Por qué arriesgar sus vidas de aquella manera tan denigrante? Solo querían asegurar su futuro, progresar y superarse en condición humana. No sabían que aún les llegarían más porqués, cuando se sintieran observados, señalados, acusados.

La denominación «moro» actualmente, no sería la misma que siglos atrás en las conocidas luchas entre moros y cristianos. Ahora se les llamaría moros en un tono más despectivo, con matiz racista. Y les llegaría el momento, por desgracia para su propio orgullo personal, en que descubrirían el rechazo que causarían para una gente que los creía diferentes e inferiores.

Ahora con más claridad volvía a ver esos rostros colocados, la euforia se evaporaba para dar paso a estados de pura aflicción. Ya nada quedaba de esos sueños, solo un tremendo malestar acompañado de un pestilente aliento. Terminaban con la mirada ausente, perdidos en un mundo irreal. Esas caras desencajadas se quedaron grabadas en la mente de Ismail, por eso nunca lo quiso probar. Detestaba el efecto que provocaba la inhalación de aquella sustancia. Le apenaba presenciar aquella subida de sus colegas hasta el cielo, para ser testigo después de una inevitable y cruel caída. El golpe era brutal, producido en el mismo momento en que tomaban conciencia de su injusta realidad.

No dejaba de pensar en esa bolsa que tantas veces había rehusado. Ahora la aceptaría sin menospreciarla. La necesitaba para administrarse una dosis de coraje.

Pensaba que no sería capaz de controlar aquellos temblores. Sentía pánico, temía que volviese aquel perro y lo atacase, temía que el vigilante hubiera avisado a la policía y lo sacasen a golpes como las otras veces, para llevarlo detenido después. Eso era lo peor, esposado hasta la comisaría como si de un criminal se tratara. Teniendo que soportar palizas junto a advertencias como: «Os vamos hacer escarmentar, malditos niños, se os van a quitar las ganas de pasearos por el puerto. ¿Es que acaso renegáis de vuestro país?».

No, esta vez no. Había conseguido llegar más lejos que las otras veces.

Lo habían cogido en el puerto, antes de alcanzar ningún autocar, lo habían sorprendido escondido en algún camión, había llegado a pasar el primer control, pero nunca había conseguido entrar en el barco, nun-

ca. Ahora iba a ser diferente. Tenía un presentimiento, un buen presentimiento.

Casi comenzaba a serenarse cuando oyó un revuelo de gente. Rezó para que fueran los chóferes de los autocares. Unas risas le confirmaron que se trataba de los conductores.

Los policías con los que se había encontrado en ocasiones anteriores en el muelle no solían estar de tan buen humor.

En alguna de las detenciones sí que les había visto reír, pero no eran risotadas felices, eran risas totalmente cínicas, de alguien que saborea la victoria solo por sentirse superior.

Pasos que se acercan, una puerta que se abre, el tosco golpe de ésta al cerrarse. Casi sintió la llave girando en el contacto. El bramido del motor le anunció que el autocar se acababa de poner en marcha. Esto produjo una fuerte sacudida, lo que hizo que todo su cuerpo se estremeciera. El vehículo todavía permanecía parado, pero ya comenzaba esa asfixiante humareda a introducirse en sus frágiles pulmones. Ismail comenzó a percibir el calor del motor, sabía que de un momento a otro comenzaría a respirar con dificultad. Se encontraba en el sexto mes del año, un junio extremadamente caluroso. La vivacidad del motor provocaría una subida en su temperatura corporal. Los gases desprendidos por el tubo de escape quizá le ocasionarían un inevitable desmayo antes de llegar a su destino. Un fatal accidente podría provocar la mutilación de sus miembros. Encontrarse en los bajos de aquel autocar era muy peligroso, Ismail era consciente del riesgo que corría intentando atravesar el Estrecho de aquella forma clandestina.

Comenzó a oír su propia voz: «¿Dios mío, qué hago aquí? Esta mañana he soportado tan solo unos minutos. ¿Seré capaz de aguantar varias horas? ¿Mi cuerpo resistirá? Voy a morir, sé que voy a morir». Ahora su voz se alzaba en un atemorizado grito.

—¡Pare! ¡Por favor, pare! ¡Voy a morir! ¡lwalida!

El autocar reanudó la marcha, lenta, muy lentamente. Tenía que realizar su recorrido hasta la rampa de salida. Varios coches le precedieron y otros tantos le siguieron detrás.

El garaje se inundaba de un ruido ensordecedor, que impedía que su voz de alarma fuera escuchada.

Temía bajar en marcha por miedo a ser atropellado. Eso le llevaría a una muerte casi segura. Los acelerados latidos de su corazón parecía que le iban a hacer estallar el pecho de un momento a otro.

Le faltaba el aire. Aspiraba profundamente, pero eso le provocaba una tremenda tos. Rompió en unos llantos desconsolados. Creyó ver la cara de su madre con gesto preocupado. Cuánto daría en esos momentos por encontrarse junto a ella, por dejarse consolar por esos brazos protectores, solo ella podía calmarlo en momentos de desesperación.

Se abandonó a un estado de entumecimiento y lloró, lloró como nunca antes lo había hecho.





## Capítulo 3

### Largas horas en los bajos de un autocar

Una gran claridad venida del exterior pareció reanimarlo y sacarlo de aquel estado. Aquella luminosidad le reveló que el autocar se encontraba fuera del barco.

El vehículo se detuvo y el chico percibió como un grupo de gente subía la escalerilla del autocar para acomodarse después en los asientos. Su cuerpo no respondía a su instinto. Deseaba bajarse, pero una voz pronunciada desde lo más hondo de su alma le decía que no lo hiciera, que esperase. Con suavidad el autocar retomó su marcha, progresivamente fue adquiriendo una velocidad apresurada. Ismail sentía cómo el asfalto emprendía una perturbada carrera debajo de él. No podía evitar una sensación de vértigo. La velocidad ayudaba a que un apreciado aire refrigerase un poco la zona en la que se encontraba. Una descarga de adrenalina comenzó a cambiarle el abatimiento por un ligero entusiasmo. Aquella repentina y acelerada huida hacia lo desconocido empezó a provocarle cierta exaltación. En voz alta se despidió de su madre, ahora sabía que los separaba más que una línea fronteriza.

Intentó llenarse de paciencia, se ayudaba con una ráfaga de optimismo que le llegaba de no sabía dónde. Horas de camino le esperaban. Tendría que aprovechar la primera parada del vehículo, para armarse de valor y escapar a pie.

En aquel sótano mecánico se le representaron otra vez unas persistentes imágenes, no habían dejado de acompañarlo desde que accedió a los bajos de aquel autocar. Esta vez se reconoció con unos cuatro años, en el comedor de su hogar; estaba rodeado de sus hermanos mayores que le daban juego. Las risas que ocupaban la sala y un correteo de aquí para allá eran testigo de una feliz y despreocupada infancia. Esas imágenes desaparecían para dar paso a muchas otras, todas relacionadas con él y sus familiares. Su mente quedaba poblada de recuerdos, que sin darse cuenta le acompañaron todo el trayecto. Esas memorias fueron su única compañía, su único equipaje.

Siete largas horas le transportaron por tierras españolas, cautivadoras tierras que intentaron conquistar sus predecesores. El alma de aquel último rey moro en Granada, llamado Boabdil, pareció haber poseído a miles de jóvenes, otorgándoles una encantadora esencia de jazmín hasta lo más profundo de su subconsciente, como si de soldados a sus órdenes se tratasen, con el propósito de enviarlos a la Península y poder así recuperar sensaciones perdidas en los avatares del tiempo.

Pero Ismail no sabía el porqué de su ambición, no reconocía ese deseo traspasado de alma en alma instintivamente a través de los siglos.

Quizá no fue el tiempo suficiente a la escuela para saber quién fue el último miembro de la dinastía nazarí. Su tiempo transcurrió en la calle, empapándose de aquel proyecto que le conduciría hasta la ciudad mágica, Barcelona.

Para aquellos jóvenes marroquíes, Barcelona no iba a resultar tan mágica como la veían en los medios de

comunicación, ni tan impresionante como la creían viendo a esos futbolistas vestidos de *blau* y *grana*, representando deportivamente a la capital catalana. Esencia deportiva ahogada por un fanatismo sin sentido, una farsa sobre césped, donde el único propósito es el dinero, con un interés puro y duro que se aplaude desde los palcos, ocupados por dirigentes a los que no les importa lo más mínimo la triste diferencia entre las clases sociales, en la que los niños de la parte más desfavorecida no entienden de goles. En cada triunfo de gol, hay un montón de billetes forrando a algunos, a diferencia de los suspiros ahogados de millones de niños inocentes que mueren por no tener qué llevarse a la boca. Como canta René de Calle 13: «A esta hora exactamente hay un niño en la calle». ¡Hay un niño en la calle! No nos olvidemos de eso.

Ni tan siquiera el cielo barcelonés podría igualarse al cielo árabe con una media luna creciente dibujada entre las estrellas. Pero era la gran ciudad, Barcelona, nombrada y admirada por muchos. Esa fascinación hizo que él estuviera arriesgando su vida en aquel preciso instante, sobre asfalto y neumáticos.

